

El sabor de la condena
MODESTO PONCE MALDONADO

RESUMEN

Ponce comenta y reflexiona en torno a la quinta novela del escritor Francisco Proaño Arandi, *El sabor de la condena*, publicada en Quito en 2009 por Editorial El Conejo. Se establecen algunas de las claves que configuran esta historia en la que Proaño vuelve a poner en escena las obsesiones que cruzan por sus otras experiencias novelescas. Los personajes, Javier y Male, se mueven en un juego de signos y símbolos que le permiten al lector acceder al misterio que constituye sus vidas, que es un tejido de interrogantes y apariencias continuas. Como en gran parte de sus ficciones, en esta el mundo está reducido a una casa y a una ciudad enigmática y hechizante como Quito, que vuelve a convertirse en referente central. Proaño, al decir de Ponce, es fiel a su estilo y a esa concepción de lo narrativo que se bate entre lo denso y lo moroso, que en él ya es clásica.

PALABRAS CLAVE: Novela ecuatoriana, Quito, Francisco Proaño Arandi, *El sabor de la condena*.

SUMMARY

Ponce comments and reflects upon writer Francisco Proaño Arandi's fifth novel, *El sabor de la condena*, published by Editorial El Conejo in Quito, 2009. Ponce establishes some of the keys that shape this novel, in which Proaño stages once again the fixations that underlie his other productions. The main characters, Javier and Male,

move around in a game of signs and symbols which allow the reader to grasp the mystery that constitutes their lives, which is, in turn, a continuous web of questionings and facades. As in most of Proaños's fictional work, the world reduces to a house and to an enigmatic and spellbinding city, Quito, which turns out to be a key referral point. In the words of Ponce, Proaño is faithful to his style and his already classic narrative concept that debates between dense and morose.

KEY WORDS: Ecuadorian narrative, Quito, Francisco Proaño Arandi, *El sabor de la condena*.

EL ESCRITOR ARGENTINO Andrés Rivera (que en realidad se llama Marcos Ribak), autor de una hermosa novela corta titulada *El amigo de Baudelaire*, declaró que “existen dos tipos de escritores: los que quieren ser escritores y los que quieren escribir”.¹ Francisco Proaño Arandi nunca quiso solamente escribir. Pertenece al primer grupo, a los escritores por vocación y oficio, a los que lo hacen siempre aunque no estén sentados ante una pantalla.

*El sabor de la condena*² es la quinta novela de Francisco Proaño. Buen título para quien también sabe poner nombres a sus obras, porque inventarse uno tiene extrañas reglas, ajenas a veces a la tarea.

Esta obra explora y nos introduce a otros mundos. El autor se mueve a través de algunos signos o referentes que sirven de soporte interno al texto. Proaño usa magistralmente los símbolos y es un experto en recrear ambientes de misterio y ambigüedades. En otras palabras, la historia contada puede ser la que es o puede ser otra: lo que cuenta es la narración cifrada, aquello que se encuentra bajo el texto, los significados.

Los símbolos más relevantes son una máscara y un trompo silbador salidos de las selvas orientales. Las pistas del sentido de la novela pueden encontrarse en las reiterativas referencias a los cuerpos, a la carne, al sexo, como también a búsquedas, hallazgos y fugas. También en la insistencia, no solamente del *otro*, sino de lo *otro*, que conlleva a la necesidad de encontrar un *orden*, en suma, una explicación, una exploración que no debería cesar hasta hallar el *ser*. Y la novela lo menciona en las páginas 27 y 39. Esta evidente sensación de búsqueda está impulsada por otro elemento, los sentimientos de culpa, antecedentes de obsesivas

1. Andrés Rivera, vida, obra, entrevistas. Datos de internet.

2. Francisco Proaño Arandi, *El sabor de la condena*, Quito, El Conejo, 2009, 226 pp.

manías persecutorias por parte de Javier, el protagonista varón; mientras que en *Male*, la protagonista femenina, se pierde en la indagación del sentido de las cosas, en definitiva, de la vida, del amor, de la muerte. Otros lugares o referentes alrededor de los cuales gira la narración es la pista de baile Mayo del 68 que efectivamente existió; la presencia de los *Huachairis*, una hipotética tribu perdida en el Oriente, con sus correspondientes chamanes; y el departamento de Male.

Todo se enmarca en dos factores adicionales que explican más aún a la novela: una casa que se cae de vieja, y que termina en ruinas –siempre una casa en las obras de Proaño–, sobre cuyos cuartos derrumbados se improvisan cuchitriles para arrendarlos a menesterosos, y naturalmente, la ciudad de Quito, infaltable, insistente, provocadora, y que no deja de perseguir al autor. En *Las ciudades invisibles*, Italo Calvino describe a una urbe que, en parte, es desprendida del cielo, y cuya otra mitad emergió desde los abismos y desde las quebradas. Esa ciudad puede ser Quito, llamado “el hondón ancestral” en la novela que comentamos.

Apasiona en esta obra el manejo del tiempo. Estamos sujetos a esa “cosa”, para decirlo de alguna manera, que medimos, que sentimos, que nos lleva. “Con frialdad, con la frialdad de los días que se van sucediendo”, escribe Bolaño en *Los detectives salvajes*.³ “Esa gota que cae [...] que se consume” dice Virginia Wolf en *Las olas*.⁴ Y Don DeLillo escribe este diálogo: “—Acabas de decir que no existían el pasado, el presente y el futuro”. Y vino esta respuesta: “—Solo en nuestros verbos. Ese es el único lugar en el que lo encontramos”.⁵

Cito estas referencias porque Proaño ha comprendido y sentido en toda su hondura y complejidad esta materia, volátil y, al mismo tiempo concentradora, que es el tiempo. Si en *El otro lado de las cosas* la novela sucede en dos meses, en *El sabor de la condena* sucede en tres días. Y sucede en un solo escenario, en un solo espacio: la alcoba de Male. El tratamiento del tiempo en esta es circular, envolvente y reiterativo. Proaño maneja el tiempo en la novela igual que el trompo silbador que da vueltas sobre sí mismo.

3. Roberto Bolaño, *Los detectives salvajes*, Barcelona, Anagrama, 1998, p. 181.

4. Virginia Wolf, *Las olas*, Madrid, Cátedra, 1998, p. 283.

5. Don DeLillo, *Ruido de fondo*, Barcelona, Circe, 1994, p. 35.

La obra cuenta que Male y Javier se reencuentran una noche en la pista de baile de *Mayo del 68*, después de lo cual Javier se traslada al departamento de Male. Javier lleva la máscara y el trompo silbador, recuerdos que él conservaba de su estadía de siete años en el territorio de los *Huachairis*.

Para ambos comienza entonces un viaje, no diremos hacia sus pasados, aunque los sucesos pretéritos están mencionados, puesto que uno y otra tienen sus vidas, sino hacia sí mismos, vale decir hacia sus cavernas interiores. Ambos son seres que se han marginado del mundo y de la misma realidad. Javier, obsesivo, se convierte en víctima de una persecución que solo está dentro de su cabeza. Male, atraída por la muerte, ha buscado por años explicaciones. La manía persecutoria de Javier, que se sentía culpable de haber robado la máscara y el trompo silbador a los *Huachairis*, crea en su mente una sucesión paranoica de sospechas y otras historias fantásticas.

Javier y Male no encuentran otro camino que buscar y buscarse a través de los cuerpos, del sexo compartido, de los excesos. “...Porque de eso se trataba –escribe Proaño–: del cuerpo y, a través del cuerpo, del ser”.⁶ Male representa “el extravío total de los sentidos”. Male y Javier comparten no solamente el amor, sino una búsqueda desesperada de respuestas. En la búsqueda de sí mismos que comienza con el encuentro con el *otro*, con *lo otro*.

A lo largo de la obra, Quito es constantemente mencionada. Se siente a la ciudad. Como en otras de las obras del autor, nuestra geografía y nuestra naturaleza están presentes en los ríos y pueblos orientales, o en la zona de Maquipucuna en el noroccidente de Pichincha. A Ecuador, en el texto, se lo denomina el “país de los tallos blancos”, “el país de la humedad” o “el país del tigre”. Se mencionan inclusive lugares situados al sur de Colombia, como la laguna de La Cocha y Puerto Asís, en las riveras del Putumayo.

Se observa que en la novela se da un conjunto de dualismos simultáneos al de vida-muerte de los protagonistas: realidad y pesadilla, ciudad y selva, progreso y retorno a la naturaleza, civilización occidental y

6. F. Proaño Arandi, *El sabor de la condena*, p. 39.

vida tribal, dioses y demonios. Inclusive hay una referencia directa a una tribu africana, los *amba*, en Uganda, que creen tener el poder de tomar posesión de las personas. Otro dualismo: ser uno y ser otro. Y, a más de resaltar estos contrapuntos, la novela condena toda conquista y las formas de aculturación, y el “progreso” de la civilización actual que, por otra parte –podríamos preguntarnos–, a qué porcentaje de los habitantes del mundo llega y a cuántos “aprovecha” de los más de seis mil millones de seres humanos.

Pero, sin duda, el sentido de la obra está simbolizado en la máscara y el trompo silbador. Máscara es lo que nos oculta, nos disfraza, y no debemos dejar a un lado que en el griego antiguo el término era asimilado a la persona, debido a la representación teatral de personajes. El trompo silbador no es otra cosa que el tiempo, pero el tiempo circular, envolvente. Un tiempo dentro del cual los protagonistas perdieron el sentido sumergidos en la infructuosa búsqueda de sí mismos, en la locura Javier y en la muerte Male. De allí el miedo de Javier de que le roben la máscara y el trompo. Con la máscara desaparecía su yo; con el trompo silbador desaparecía su tiempo, es decir, su vida.

Proaño nos dice mucho más de lo que realmente nos cuenta. A más de su capacidad para mantener textos que no decaen, sin baches ni fugas innecesarias, a veces densos, desafiantes, bajo sus páginas, bajo cada uno de los capítulos hay planteamientos, reencuentros con nosotros mismos, fantasmas, humanas certezas, flaquezas y temores humanos, un sinfín de universos... “Porque si no se dice más de lo que se dice –escribe el inolvidable español Francisco Umbral– no se ha dicho nada [...] El idioma es el río que nos llena [...] Escritor no es el que reordena el mar a su manera, cosa imposible, sino el que sabe echarse a la corriente del idioma”.⁷

Es muy claro este texto que aparece en las últimas páginas de *El sabor de la condena*:

Lo único que nos brinda una sensación de permanencia, de identidad, de ser siempre los mismos, es apenas, cada vez más precaria, la memoria. Porque en realidad no somos más que procesos, fases de

7. Francisco Umbral, *El hijo de Greta Garbo*, Barcelona, Destino, 1982, p. 103.

un devenir, etapas siempre incompletas, en trance de concluir y renovarse. ¿Qué somos sino lo que dejamos, lo que vamos dejando? Excrecencias. Surtidores de excrecencias.⁸

La memoria es lo que nos salva, lo que nos hace humanos. La memoria y, por supuesto, el amor.*

Fecha de recepción: 12 abril 2010

Fecha de aceptación: 18 junio 2010

8. F. Proaño Arandi, *El sabor de la condena*, p. 219.